
Martínez C., José Luis. 1998. *Pueblos del chañar y el algarrobo. Los atacamas en el siglo XVII*. Colección Dibam. Santiago de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

“En cierta forma este libro es nuevo y viejo a la vez”. La frase que figura en el comienzo mismo del libro tiene un significado explícito y otro implícito. En el primer caso hace referencia a la puesta en marcha de la publicación, la cual tuvo como idea original reunir en un escrito único trabajos del autor que cubrieron el período 1984-1990 y cuyo eje común estuvo dado por comprender las poblaciones indígenas que habitaron, entre los siglos XVI y XVII, el territorio del Corregimiento de Atacama. A partir de 1990, sus estudios se caracterizaron por abordar cuestiones eminentemente metodológicas, explotando particularmente la noción de discursividad, entendiendo por tal la forma en que los diferentes grupos se refieren a sí mismos o a otros. Ambas problemáticas confluyen en esta obra que constituye, sin lugar a duda, una unidad en sí misma.

Martínez agrupa implícitamente en este libro parte de su propia historia de investigador, aquella donde confluyen investigación y deseo, donde se manifiesta la necesidad de comprender más allá de las limitaciones documentales, la de aprehender la historia de un grupo de gente que ocupó una geografía particular y que para el autor, desde un principio, presentaba peculiaridades propias respecto de aquellos que ocuparon los Andes centrales. En otras palabras, la necesidad de entender la Puna árida y sus bordes, la región Circunpuneña, un espacio brillante y árido como la sal. Por ello, en *Pueblos del chañar y el algarrobo*, Martínez centra su investigación en Atacama, en los atacamas, pero lo hace desde una perspectiva global, entendiendo que aquellos “compartían rasgos comunes con otros grupos del área” como los lipes, chichas, tarapacas, picas, casabindos, etc.

El objetivo del trabajo es comprender las estrategias desplegadas por aquellos grupos para lograr el manejo complementario de los recursos durante el siglo XVII. En el primer capítulo Martínez recurre a un relato etnográfico donde cuenta la historia familiar de un arriero de la Puna jujeña. Hecho esto, deja planteadas las preguntas que estructurarán todo el libro ¿Estamos frente a un proceso de factura netamente colonial? ¿Se trata de un sistema de funcionamiento similar al empleado por las comunidades de los Andes centrales?

Como instrumento metodológico recurre a dos nociones básicas. Primero la de patrón de asentamiento, considerándola una categoría analítica que procede de la percepción por parte del investigador de la recurrencia de determinados atributos a partir de los cuales sería factible suponer un cierto orden en esa sociedad, así como inferir su pertenencia a un determinado grupo humano” (p. 164). En segundo lugar la de sistema de asentamiento,

entendiendo por tal al conjunto de relaciones que estructuran los vínculos entre los distintos grupos. Es a partir de estas categorías que Martínez entiende que se podrán establecer esquemas generales básicos para desarrollar estrategias de supervivencia y, con los resultados a la vista, intentar comparaciones con otros momentos históricos a fin de determinar continuidades y transformaciones.

El autor realiza un exhaustivo análisis de la bibliografía sobre el tema, sitúa adecuadamente al lector en la geografía que lo va a ocupar y desarrolla una somera descripción de los grupos más importantes del Corregimiento de Atacama. Luego, en el capítulo IV de su obra, Martínez da un amplio panorama acerca de la movilidad de los atacamas hacia otros territorios cercanos o lejanos, pero todos vecinos a su territorio. Aquellas prácticas migratorias no habrían sido exclusivas de los atacamas sino que habrían tenido un carácter sistemático en todas las comunidades involucradas. La situación mencionada respondía fundamentalmente a estrategias de supervivencia utilizadas por los grupos del área, hecho que les daba una perspectiva singular y diferenciada de aquellos de los Andes centrales.

En este caso, serían las propias unidades domésticas las que implementaron estrategias simultáneas de complementariedad. Las dispersiones producidas para lograr esa optimización de los recursos no implicaron de ninguna manera rupturas con el seno familiar. El acceso a los distintos recursos no estuvo caracterizado solo por la complementariedad, es decir, por el hecho de obtener recursos diferenciados. También lo estuvo por la redundancia, noción que refiere a la posibilidad de garantizar el acopio de un mismo tipo de productos.

Entonces, lo que estructura el modelo es el parentesco, ya que serían las propias unidades domésticas las que establecen las relaciones de alianza y amplían los grados de parentesco. A pesar de esta fuerte impronta de los lazos parentales como autorreguladores de la sociedad, la figura del cacique no pasó desapercibida. El cacique o curaca mantiene su papel cohesionador de la sociedad, tal como lo muestran los ejemplos desarrollados en el capítulo V donde se presenta a los atacamas realizando labores en Lipes o en Chichas pero tributando a su cacique de origen.

Dentro de este devenir migratorio (no aleatorio) de grupos hacia y desde Atacama (interdigitación), Martínez se pregunta qué sucede con el manejo de las identidades étnicas. El autor considera que hay un cierto número de elementos culturales que operaron como trasfondo común al conjunto de prácticas complementarias. Dentro de la macrorregión Circunpuneña, los espacios complementarios de algunos grupos incluían territorios de otros, lo que lo lleva a pensar en la existencia de pautas recíprocas intergrupales que maximizan la obtención de recursos. Esta situación particular rompería, o al menos flexibilizaría de manera notable, la idea de territorios nucleares y colonias multiétnicas acuñada por Murra (1975)¹ para los Andes centrales. Como señala el autor, en la zona Circunpuneña "el acceso directo a los diferentes pisos ecológicos habría sido reemplazado por un conjunto de estrategias sociales y políticas que implicaban, ante todo, la

interdigitación de poblaciones gracias a las relaciones sociales y de parentesco que ellas podían establecer” (p. 196).

El epílogo del libro lleva un título muy bien elegido “Problemas para pensar”. Podemos dividir estos problemas en aquellos propios del libro y en aquellos otros que la publicación transmite a los investigadores directamente involucrados con el área y la problemática de estudio.

Para el primer caso nos interesaría destacar dos cuestiones, conscientes de las dificultades que su desarrollo entraña. La primera gira alrededor de la noción de identidad, tema que entendemos no está suficientemente estudiado, sobre todo al momento de trabajar con la noción de “poblaciones interdigitadas” como una de las ideas centrales del modelo. Pareciera que en la región que nos ocupa los problemas para realizar estudios étnicos comenzaron rápidamente, instalándose como un problema crónico. Inexplorada o no, con mucha o poca documentación general o específica, los intentos por obtener un mapa étnico plantean aún hoy grandes dificultades. Todavía, las identidades étnicas para los etnohistoriadores siguen estrechamente vinculadas a las tipificaciones cerámicas realizadas por los arqueólogos a partir de la década de 1950, muchas veces ya superadas por ellos mismos.

Como fuere, algunos grupos han perdurado en la documentación posterior, otros tal vez hayan sido elevados a la categoría de tales por los españoles o aún por los investigadores (Nacuzzi 1998)². Otros, por fin, han dejado de figurar en aquella. Esto propone un abanico de posibilidades, ya sea que se trate de:

- a) grupos con una identidad “primigenia” que se puede rastrear en las fuentes en los momentos preconquista, la cual se ha mantenido, recreado y reflejado en la documentación posterior; o de
- b) la imposición de categorías administrativas tales como reducciones, doctrinas y, en casos específicos como en el Tucumán, encomiendas que permitieron identificar al grupo según aquellas instancias administrativas. Que esa identificación haya sido posible puede ser consecuencia de tres situaciones que no son excluyentes entre sí: la percepción de los españoles, las metodologías de trabajo de los investigadores y la elección consciente o inconsciente que realizó el indígena³; o de que

¹ Murra, J. V. 1975. El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de sociedades andinas. En *Formaciones económicas y política del mundo andino*: 59-115. México, Fondo de Cultura Económica.

² Nacuzzi, Lidia. 1998. *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

³ Esta última instancia fue señalada por Abercrombie (1991) en su trabajo “Articulación doble y etnogénesis” (En Salomon, Frank y Segundo Moreno eds., *Reproducción y transformaciones de la sociedades andinas. Siglos XVI-XX*. Quito, Abya-Yala) cuando dice: “Los grupos andinos modernos, tal como los conocemos en el presente tomaron en sus manos estrategias administrativas impuestas tales como la reducción y las instituciones de doctrina, para reconstruir un sistema de dominación que servía tanto a sus propios fines como al de sus dominadores” (p. 203).

c) los grupos pueden haber dejado de mencionarse en las fuentes ya sea por la desaparición física de sus componentes o bien, íntimamente relacionado con b), por una ausencia de identidad -identificación- o reconocimiento en las mismas fuentes, al haber sido incorporados a otras categorías.

Ya no cabe duda que las identidades étnicas han sido resignificadas de manera permanente por los individuos y, consecuentemente, por los colectivos sociales. Estos reacomodamientos, aquella articulación étnica y las atribuciones de identidad, estimulados por la sociedad colonial y/o elegidos por los indígenas, no pueden ser dejados de tener en cuenta al tiempo de realizar este tipo de estudios.

En el segundo caso, entiendo que en este devenir de lo étnico a lo colonial hubiera sido oportuno haber dejado un comentario sobre las alteraciones producidas por el imperio incaico, considerando la posibilidad que aquellas hayan mantenido una perdurabilidad temporal más allá de la interrupción colonial.

En cuanto a los problemas que el libro trasmite a los investigadores, estos están íntimamente relacionados con todo lo que implica la propuesta de un modelo en general y del tema de la complementariedad en particular. El trabajo es una invitación a la comparación, a la puesta en práctica, al desafío de desfragmentar un área caracterizada, casi a la fuerza, por una pluralidad de estudios puntuales, muchas veces excesivamente particularizados. En pocas palabras el libro de Martínez es un pulido trabajo de Antropología Histórica, a la vez que una publicación de lectura imprescindible, sobre todo para todos aquellos que trabajen problemáticas propias de los Andes meridionales.

CARLOS E. ZANOLLI*

* Sección Etnohistoria del ICA. Universidad de Buenos Aires. e-mail: czanolli@filo.uba.ar